



Cristo ha muerto

El silencio de Plaza Nueva, ese sí que es un Pregón. El de todos los granadinos, el de la fe más honda, la que brota de venas de sangre andaluza, en la Granada profunda y lastimera. A tu paso, Señor, me callo. Se oscurece mi vida, se apaga el ánimo. En la esquina de Santa Ana, junto al Pilar del Toro, se santigua el agnóstico. Baja la cara el ateo. Y duda. Nunca un cuerpo tan muerto transmitió tanta vida. Si alguien pudiera tocarte, y Granada entera lo quiere, palparía tu piel tibia, apagándose lentamente, enfriándose con la brisa gélida del Darro. Limpiaría yo tu saliva, cayendo de las comisuras, y la humedad del pañuelo me estremecería. Oiría el silencio de una inmensa paz, asomado a tu boca entreabierta. Besar tu rostro querría, pero mis propios latidos me impiden dejar de mirar tus ojos, a los que les queda aun un ápice de vida. Jesús se ha muerto ahora mismo. Hace un momento estaba vivo. El silencio del luto, hace un instante ha sido. El Hermano Mayor, con la voz quebrada, con la pena en el habla, lo anuncia a Granada. Y desde San Pedro, en el Darro, su voz resuena lúgubre, y viaja hasta Pasiegas, para subir, cercano el alba, a San Nicolás. *“Santísimo Cristo de la Misericordia: ¡Granada te espera!”*

Jesús ya estaba muerto el Lunes Santo, en el Monasterio del Santo Ángel Custodio, silencio en San Antón, Santo Crucifijo y protector de Granada. Negra túnica, negra cola, cruz de Jerusalén, silencio en promesa, estremece tu rostro, muerto en la asfixia, lirios morados y cardos del Nilo, luz de amarillo tiniebla. Se antojan circunspectos los rostros cubiertos con antifaz, mudez del habla, y también del alma, huérfana momentánea de Dios. Paz y sosiego en el andar costalero. Crujen las maderas, el capataz manda en sigilo, el contraguía le guarda el secreto, el Señor está muerto, no cabe duda. Tres regueros de sangre, y una fuerte lanzada, en tu pecho sagrado. Misericordia en la mirada, o en lo que queda de ella. *No llores si me amas*, decía Cristo por boca de San Agustín. *“Ama y haz lo que quieras”*.

Tres de la tarde en Viernes Santo, luto en el alma, el corazón del Realejo cumple el rito, con riadas de fieles surgidos de todas partes, hacen grandes las bocacalles y las callejas, cristianos de Granada, con cierta

congoja en el alma, aunque pasen siglos, la pena no se acaba. Niños de la mano de sus padres, jóvenes con esperanza y sentido, ancianos de primera hora, sentados cerca del Cristo de piedra, vestidos de negro, cubierta la cabeza, la mirada densa, el gesto perdido, la oración no cesa, la fe es inmensa. Cristo va a morir en el preciso instante en que se calle la plaza, y la nube pequeña tape el sol como velo en el alma. Suena un clarín, nadie calla las campanas. Un perro ladra, o tal vez presagia. Cristo muere en Granada. Favores rogados, miles de intenciones, pedidas sin murmullo, en absoluto silencio. Antológico respeto. Reza el creyente ante casi nada. Ora delante de un Cristo inerte, sin mecida, sin colores; reza junto al hermano, prójimo a tu lado, compartes sin rubor la fe y la esperanza, aire de tristeza, incierta melancolía, una oración por cada llaga, esto solo pasa a las tres de la tarde, en Granada.

Muerto Jesús en la Cruz, el símbolo máspreciado de nuestra fe, aún debe mostrarse en Viernes Santo, ante la mirada apenada de los cofrades de Granada.

Buena Muerte, desde el apeadero de San Juan de Letrán, puntuales tus hermanos te marcan camino alumbrando con farolillos ferroviarios, candiles de lata, faroles de cola, rojos y verdes, sobre el balasto de las avenidas, mirando a la Sierra, catenaria nevada, adentrándose en Granada, camino de la Catedral, estación de oraciones, topera de penitencias. Buena Muerte, que a nadie, seguro, evoca la literal traducción griega de “eutanasia”. Muerte digna al que sufrió y murió por nosotros. Vida humana indisponible, propiedad del Creador, última voluntad en la voluntad de Dios, manifestada en las Leyes naturales. A veces la vida se arría, lentamente y a pulso, y duele la agonía y el tránsito, así lo quiere el que te creó. De Dios somos y a Él nos debemos, hasta que suene el definitivo *“¡ahí queó!”*.

Los favores de Granada se empiezan a cumplir desde San Cecilio en la tarde del viernes, sumidos en melancolía, tristeza y borrachera de devoción cristiana... así se siente un cofrade en el campo del Príncipe cuando el Crucificado realejeño, baja desde su Parroquia camino de la Catedral. Desde las tres de la tarde, desde el sublime acto, cada año es nuevo, hasta que el Cristo de Piedra se hace hombre en agonía, y sale al sol



de la tarde de su recoleta plazuela, queriendo bajar la cuesta, como niños que juegan, rodando hasta agarrarse con fuerza a los árboles de la plaza, hasta encontrarse las dos devociones, como si de un éxtasis se tratara, los favores se multiplican, el fervor se desborda, y el Realejo se hace Gólgota.

No cabe más barrio bajo ese Paso, no se puede sostener a costal tanto sabor cofrade, tanta devoción en estado puro, tanto fervor desbocado, tanto respeto, y tanta entrega de una ciudad a la advocación de Cristo crucificado, por la que más siente y a la que más le reza.

Al Cristo de los Favores se le tiene que rezar quieto y en silencio, así es durante todo el año, ante el faro vigía que protege al barrio, atalaya de devoción, desde que el Cristo gris y pétreo escucha oraciones de quienes se agarran a la verja de su alma, y dejan flores a los pies de sus creencias. Así recuerdo en mi infancia, desde el coche, en familia, rezar los tres Credos, los viernes, ante la estatua sagrada, unos minutos de devoción antes de volver a casa.

Pero solo es el Viernes Santo, y solo en la hora en que la tarde empieza a morir, en que el sol de un día enlutado empieza a desaparecer, en que el Cristo de Piedra se convierte en mecida, en olores y sonidos de marcha procesional, cornetas y tambores, para el Cristo de los Favores que pasea por Granada, como el amor de los amores.

Una lanza atraviesa el costado de Jesús

Piedad y barbarie se unen sobre un Paso el Martes Santo. Zaidín en estado puro, Santísimo Cristo de la Lanzada, viaja a Granada desde lejos, penitencia hasta el final, devoción y recogimiento en diez horas de oración.

Para acelerar la muerte, a los crucificados les quebraban los huesos de las piernas, el cuerpo se desplomaba, el pecho gemía, y la asfixia total llegaba, preludio de muerte instantánea. Pero para que se cumpliera la